

sobre cuantas deidades se fingen en el mundo, que son únicamente, vanidad, ídolos, demonios. Mas el Dios que nosotros adoramos crió los cielos. La gloria y hermosura, y la majestad, nunca se apartan de su excelso trono: y en el lugar donde reside brillan siempre la santidad y la grandeza.

Vengamos, pues, á ofrecerle honor y gloria, bendición y hermosas alabanzas á su santo nombre. Llevemos ofrendas, y entremos en sus atrios, y adoremos al Señor en su morada..... Alégrense los cielos, y salte de gozo la tierra, conmuévase el mar y cuanto en sí contiene. Muestren su júbilo los campos, y todas las cosas que hay en ellos. Cantad á Dios festivos himnos todas las regiones de la tierra: cantad y saltad de alegría, y salmead. Salmead la gloria del Señor con la cítara, con la cítara y con sentidas y armoniosas voces, al eco de las trompetas de metal y al sonido de bocinas. Mostrad vuestro alborozo en presencia del gran Rey que es el Eterno y soberano Dios á quien amamos, bendecimos y adoramos con toda la efusión de nuestras almas. [1]

¿Queréis seguir oyendo nuevas melodías que transportan de gozo nuestras almas y nos estremecen con tiernísima y santa dulzura? pues escuchadlas.

¡Oh Señor, sois un solo Dios omnipotente, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: venid y haceos presente á nuestras almas.

Recordad aquella consoladora y dulcísima promesa del Divino Maestro: Cualquiera que me ama observará mi doctrina, y mi Padre lo amará, y vendrémos á

(1) Ps. XCVII, 4—6. Parafr.

él. Y estas otras: Vuestro Padre que está en los cielos, dará su Espíritu bueno á los que se lo piden. (1) Hé aquí por qué lanza el corazón hasta el trono del Eterno tan ardiente suspiro; lo amamos, lo adoramos, y sin Él no queremos vivir; le pedimos que venga á visitarnos y se nos haga presente.

Tenemos á Dios con nosotros; ¿qué haremos con su Majestad? Confesar desde luego que Él es el Señor, y alabar su infinita grandeza: Oh Señor y Dios nuestro! confesamos que eres uno en la sustancia, y trino en las personas; que siempre eres el mismo, que eternamente vives y entiendes con infinita y adorable perfección. No dividimos nuestro amor, pues Dios es uno; mas sí nos gozamos en las adorables y santísimas personas del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, que tienen una misma vida, indistinta gloria, la misma grandeza, igualmente perfecta.

¡Oh amable Trinidad! eres Tú nuestra esperanza, nuestra salud y nuestro verdadero y grande honor. Libranos; sálvanos y danos vida. ¿Quién pone límites, ó puede detener nuestros afectos que, cual torrentes desbordados, salen impetuosos del alma cuando hemos pronunciado tan tiernas expresiones? Ponemos en Dios nuestra confianza; Él es nuestra grandeza, la gloria, la dicha y la vida que esperamos. ¡Qué amorosa y tierna confesión la que hacemos al pronunciar estas palabras: Libranos, sálvanos, danos vida! Sólo Dios es grande por sí mismo, bueno y compasivo con sus hijos que se hallan rodeados de peligros y miserias; mas sin dejarse acobardar por estas, claman una y o-

(1) Joann. XIV, 23.—Luc, XI, 13.

tra vez por socorro á su amoroso Padre.

El Padre es caridad, el Hijo gracia, y el Espíritu Santo comunión. Veraz es el Padre, (1) verdad el Hijo, verdad el Espíritu Santo, oh amable Trinidad! El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo es una sustancia, oh amable Trinidad!

¿Quién no siente abrasadas con el fuego más activo sus entrañas, al oír estas palabras? Ellas son como ardientes saetas que nos han dejado heridos. ¿Qué nos resta después de haberlas escuchado sino decir: Amore languéo, Desfallezco de amor y de ternura? Pero el amor es fuerte como la muerte, y por esto con una actividad desconocida, y con ardiente y animado afecto, amamos al Señor, lo bendecimos, y lloramos de ternura en su presencia: El Padre es caridad; es un fuego que consume, y quedaremos consumidos en las vivas llamas de su amor. El Hijo es gracia y nos hará aceptos á su Padre. El Espíritu Santo es comunión; y llenará el alma de sus hijos con sus preciosos y celestes dones.

¿Quién dejará de bendecir á la amable y divina Trinidad? El alma se siente como fuera de sí misma, y electrizada por decirlo así, con el toque del divino amor, exclama llena de entusiasmo: Gloria á Ti, oh Trinidad igual, una deidad, que existes ántes de todos los siglos, que reinas ahora, y reinarás por siempre. Alabanza y gloria eterna á Dios Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos. Canten las lenguas de todos los mortales con gloriosísima y dulce alabanza, con dulce y tierna bendición, la gloria del Pa-

(1) Así como un hombre veraz, en fuerza del conocimiento y amor de la verdad que en sí mismo tiene, no dice jamás sino la verdad, así, aunque de una manera infinitamente más elevada, el Padre Eterno esencial é infinitamente veraz, no engendra sino la verdad, que es el Hijo: sin que por esto pueda decirse que el Padre Eterno no es también la verdad; Él es veraz con la verdad eterna, con su propia verdad: y así la verdad engendra la verdad.—Ilmo. Sor. Loza.—Correspondencia particular con el Autor.

dre, del Hijo, y del Espíritu Santo, por todos los siglos. Alabanza al Padre, y á su Hijo, y á Ti oh Santo y amoroso Espíritu, por todos los siglos. Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él: á Él sea la gloria por siempre jamás.

¿No os parece que os hallais entre los coros de los ángeles, escuchando sus dulces melodías, y bendiciendo con ellos al Dios tres veces santo? Porque hemos gustado tanta dulzura y consuelo, y son tan ardientes las llamas del amor que nos abrasan, que descubren desde luego su celeste origen. Estamos en el mundo; pero Dios ha mandado á nuestras almas una ráfaga de su divina gloria, al mostrarnos, siquiera sea entre sombras, el altísimo y adorable misterio de la santa é indivisible Trinidad. Y á la luz ha añadido el amor, pues el Hijo del Eterno nos ha dicho: Yo he venido á poner fuego en la tierra; (1) y ese fuego nos abrasa el alma; y en él queremos estar siempre abrasados.

Lo dicho hasta aquí nos lleva de la mano al altar de Dios, para consagrarnos á su divino y soberano amor. ¿Quién apetece la vida sino es para emplearla en la gloria de Dios; ó quién ansioso suspira por la muerte, sino es para unirse con su eterna dicha? Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Que como somos de Dios, si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, somos del Señor. (2)

¿No escuchais en el fondo del alma esta palabra divina que casi nos hace morir de contento: Ya no sois

(1) Luc. XII. 49. (2) Rom. YIV. 8.

vuestros? Y ¿no sentís el peso de las santas y amables cadenas que llevais en el cuello? Ese peso es el cariño que teneis al Señor; y las cadenas os dicen que sois de Dios. ¿Quién de nosotros no regará con su llanto tan amadas y santas prisiones? ¿quién no se deja llevar de aquel impulso sagrado, bendito peso de amor que lo conduce hasta el seno del Eterno? Que nos lleve siempre tras sí el amor divino; y doquiera llevemos nosotros sus amables y hermosas cadenas, para vivir eternamente consagrados á su gloria, y trabajar sin descanso en su servicio dándole toda la honra que podamos.

CONCLUSION.

Al acercarnos al término de nuestros humildes estudios, recordamos las palabras que decia el gran San Agustin, al cerrar sus admirables y profundos libros de Trinidad: He hablado acerca de la Santisima Trinidad; mas no me atrevo á asegurar que haya dicho nada que sea digno de ese inefable misterio. (1) Y ¿este miserable, ignorante, no dirá con más razon, lo mismo que el Águila de los doctores? Y San Agustin, volviéndose al Señor, le hablaba en estos términos: Oh Señor Dios mio! recibe lo que ha salido de mi pluma, siguiendo tu divina inspiracion; mas perdóname lo que he dicho de mí mismo; y tus siervos tambien me perdonen. Atiende la intencion que he tenido al escribir: he deseado buscarte, escribiendo lo que pude, lo que Tú hiciste que pudiese. Te busqué, Dios mio, que-

[1] L. 15. c. 22. n. 50.

riendo ver lo que he creído, y aumentar á cada instante en mi seno las llamas de tu amor. Tú me has concedido el encontrarte, y la esperanza de alcanzar en Ti nuevas verdades. Concédeme tambien buscarte siempre. Mi fuerza y mi flaqueza están en tu presencia; conserva la primera, y sana, oh Dios mio, la segunda. Acuérdomme siempre de Ti, y llena mi alma de tu luz divina y de tu santo amor. (1) Consérvame en la fe de tu divina y adorable Trinidad; y hasta el último aliento de mi vida, que yo te adore y confiese, á Ti, oh Padre, juntamente con tu Hijo, y tu Espiritu Divino; y todas tres personas un sólo Dios verdadero, á quien se dé todo el honor y gloria, en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad. (2)

FIN.

Cap. X. El Espíritu Santo en su divino principio. 177

Cap. XI. Las nociones divinas. 181

Cap. XII. Las Misiones. 208

Cap. XIII. Nombres de la primera Persona. 227

Cap. XIV. El Hijo de Dios, el Verbo Divino, la Imagen del Padre. 238

Cap. XV. Nombres de la Tercera Persona de la Santisima Trinidad. 255

Cap. XVI. Divinidad del Hijo de Dios. 272

Cap. XVII. Divinidad del Espíritu Santo. 280

Cap. XVIII. El Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo. 303

Cap. XIX. Dones del Espíritu Santo. 312

Cap. XX. Conclusión del anterior. 320

Cap. XXI. Nombres del Espíritu Santo. 340

Cap. XXII. Amor, caridad y oración. 366

[1] Id. c. 23. [2] Hilar. de Trinit. L. 12. In. fin. conclusion.

	pág.
Prólogo.	5
Cap. I. Dios, Su Santo Nombre.	17
Cap. II. Los Divinos Atributos.	26
Cap. III. La divina providencia, la santidad y la unidad de Nuestro Dios.	51
Cap. IV. Las divinas personas.	68
Cap. V. La Santa y adorable Trinidad. Continuacion del anterior.	83
Cap. VI. Relacion de origen de las Divinas Personas.	101
Cap. VII. Propiedades de las divinas personas.	120
Cap. VIII. Continuacion del anterior.	136
Cap. IX. El Unigénito de Dios en el seno de su Padre.	149
Cap. X. El Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.	161
Cap. XI. El Espíritu Santo en su divino y eterno principio.	177
Cap. XII. Las nociones divinas.	193
Cap. XIII. Las Misiones.	208
Cap. XIV. Nombres de la primera Persona.	225
Cap. XV. El Hijo de Dios, el Verbo Divino, la Imágen del Padre.	238
Cap. XVI. Nombres de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.	255
Cap. XVII. Divinidad del Hijo de Dios.	272
Cap. XVIII. Divinidad del Espíritu Santo.	286
Cap. XIX. El Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo.	303
Cap. XX. Dones del Espíritu Santo.	315
Cap. XXI. Concluye el anterior.	330
Cap. XXII. Frutos del Espíritu Santo.	349
Cap. XXIII. Y ÚLTIMO. Amor, alabanza y ofrenda.	266
Conclusion.	382

